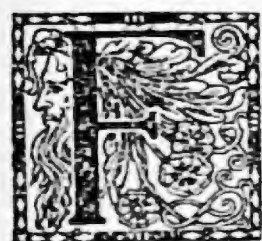


Ramón Valenzuela

«Don Goyo Pavo Negro»



RENTE al mar barrido por los vientos de los cuatro puntos cardinales se levanta majestuoso y arrogante, como desafiando los ímpetus del Océano Pacífico, el cerro «Mutrún» sobre cuya cima, la fe cristiana y pueblerina, ha erigido un monumento a la Virgen María, que, en actitud protectora, extiende sus brazos hacia el puerto de Constitución, como para resguardarlo a las agresividades marinas.

Es posible que los hombres que se arriesgan mar afuera en sus frágiles botes pescadores, sin afán de aventura y sólo soñando con una abundante pesca de robalos y panzudas corvinas, la más abundante en aquellas costas, cuando son sorprendidos por los violentos temporales que en las épocas invernales se desencadenan en los mares del sur, piensen que la santa madre de Dios, estaría mejor ubicada, mirando hacia la lejanía azul del mar, y que de este modo observara la lucha trágica que ellos a veces sostienen con la muerte, que

en la mayoría de los casos, triunfa sobre sus débiles embarcaciones, cegando sus vidas humildes y heroicas en la batalla permanente por la subsistencia. Tal vez en estos casos sus almas se tornen piadosas frente a lo desconocido e imploren la divina protección a la madre simbólica de todos los hombres, que en estos casos no los ve, preocupada de proteger a los que quedan tranquilos allá en sus casas. Tal vez con el temor de que a ellos les vaya mal en su faena y el nutritivo alimento se haga más escaso y más caro.

Sobre la misma meseta, las autoridades del litoral han instalado el armazón de un velero, sobre cuyo mástil más alto, flamea durante el día la bandera nacional y otra serie de insignias que anuncian los estados del tiempo, o la entrada y salida de naves, cosa muy frecuente en la actualidad. Pero en los días grises o cargados de negros nubarrones se encumbra una bandera negra. Esta anuncia, que el mar está embravecido y no acepta en sus dominios a ningún extraño. Es entonces cuando los pescadores, se contentan con refunfunar y beber el áspero mosto ribereño.

El cerro «Mutrún», a pesar de ser un páramo azotado por todos los vientos, posee un encanto romántico y atractivo para los turistas y veraneantes, los que en grupos o parejas, buscan sus alturas o reparos que, seguramente, aprovechan para escribir bellas páginas sentimentales que irán repasando a través de sus recuerdos en el andar del tiempo.

En los faldeos de este cerro y defendido del páramo inhospitalario y agresivo, se levantaba hace algunos años un rancho humilde y destartado en el que como en los cuentos de nuestras abuelas, vivían, un viejo y una vieja. El era llamado don Goyo Pavo Negro, y ella, doña Beña. Sus edades se habían nivelado con los años y se hacía difícil descubrir quien era el más viejo. Vivían sin más compañía que la de un perrillo lanudo que debía ser blanco si lo hubieran bañado, pero nadie se preocupaba de él y más parecía un vivero de pulgas. También la vieja criaba una parvada de gallinas que rondaba los contornos del rancho y cuyo jefe era un gallo-giro con facha de general en jefe y la petulancia de un mosquetero, personaje éste que cumplía varias misiones. La más importante, hacer poner a las gallinas y después servir de reloj, pues con sus enérgicas clarinadas indicaba las horas en la mitad del día y de la noche. También poseía condiciones de nigromante como lo veremos más adelante.

La vida de los viejos era monótona y sin otras alternativas que la de permitirse, cuando los negocios andaban bien, el lujo de darse una tranquila «mona» hogareña con aguardiente regional, «mona» sin altercados y que finalizaba en un largo sueño a la orilla del brasero, porque necesario será explicar que estos viejos vivían de una pequeña industria casera cuya materia prima don Goyo extraía diariamente del mar. En realidad don Goyo era un hábil mariscador, labor tan meritosa como la de los pescadores, aunque mucho menos

arriesgada. La especialidad de don Goyo consistía en arrancarle a las rocas, durante las bajas mareas, los ultes, el luche y el cochayuyo, marisco que doña Beña cocía por las noches y que don Goyo vendía al amanecer en las calles del puerto.

Don Goyo Pavo Negro, era el personaje más popular del pueblo. Todas las mañanas a las siete, el viejo hacía su entrada al caserío portando una gran batea de madera sobre su erguida y canosa cabeza, en la que llevaba su apetitoso «pavo negro», «pavo trintre» y los ultes. Todo listo para ser fácilmente condimentado en los hogares más connotados, porque don Goyo poseía una clientela muy seleccionada, con entrega fija en determinados días de la semana. Era como el lechero del mar. Al entrar al pueblo, él daba su grito ya muy peculiar, como a manera de saludo matinal:

—El pavo negro caalentitoo caseraaa...

Pero si por error salía alguien que no pertenecía a su clientela a comprarle, él se defendía sin mirar a quien tenía la osadía de interrumpir su marcha.

—No me alcanza no más que para la entrega señorita.

—¿Y entonces para qué grita?

—Para que sepan que hay llegao, señorita...

—¡Que viejo más estúpido! exclamaban las defraudadas.

Pero don Goyo, seguía impertérrito y al poco andar volvía a pregonar su mercancía:

—Los ultes fresquitos y el pavo trintre, caseraaa...

Según el decir de la gente de esa época, ningún guiso resultaba tan sabroso como los condimentados con los mariscos de don Goyo.

El mariscador regresaba generalmente a su rancho al tercer canto de su gallo, que indicaba según él, las doce y media del día, hora en que doña Beña tenía el almuerzo listo y la mesa puesta. A esta hora don Goyo era portador de las necesidades caseras, consistentes en azúcar, yerba, parafina, pan y otros artículos de primera necesidad. Pero, lo que la señora Beña esperaba con mayor emoción, era la calabaza con vino tinto acre y de pura uva. Esto sí que no podía faltar, porque además de agradarle a él, para la Beña era como la sal de la vida.

—Cuando a la Beña le falta «el maquehuano» se pone más brava que la mar en creciente— explicaba don Goyo, mientras le medían el mosto pipeño cosechado en la región de Maquehua. Luego hacía un balance de las entradas de la mañana y si éste le resultaba favorable, pedía un litro de aguardiente. Del legítimo, explicaba el comprador. Esto significaba que era del extraído en las partes más hondas de los riscos maulinos, donde los pequeños viñateros de la región destilaban clandestinamente en un tarro carburero, o un fondo de cobre, alambique primitivo y de su propia invención.

Este aguardiente dorado y aromático, era compartido entre los cónyuges en un ambiente de fraternal cordialidad, cuando a la orilla del brasero se iniciaba el

mate con azúcar quemada y hojas de culén. Placer del que aun disfrutaban todas las clases sociales de nuestro mundo campesino. Pero a veces también doña Beña, cuando el mar estaba muy helado, y don Goyo se quejaba de dolores reumáticos, le hacía unas friegas en las partes afectadas, para lo cual tomaba grandes sorbos que mantenía en la boca, en la que además del líquido acaparaba una cantidad de aire, utilizándola a manera de soplete. Pero a veces don Goyo protestaba defraudado, diciendo que doña Beña era más lo que tragaba que lo que soplaba. En estos casos él reclamaba la botella para resarcirse. Entre alegre y colérica protestaba doña Beña:

—¡No te lo tomis todo, viejo tragallón!

Así la vida se iba escurriendo sin mayores alternativas, que las derivadas de los malos días en que el marisquear se hacía difícil por la violencia de los vendavales tan frecuentes en las épocas de invierno. En estas ocasiones doña Beña recurría al fondo de un viejo baúl de roble en donde escarbaba como las gallinas hasta encontrar una bolsa de cuero que en otras épocas don Goyo había fabricado con los testículos de un carnero, y en la que hoy guardaban sus pequeñas economías que les servían para sortear los malos tiempos.

Una mañana casi primaveral, de cielo azul y luminoso, don Goyo bajaba desde su rancho por aquel camino tortuoso y tantas veces hollado por sus plantas magras y curtidas por las sales marinas. Caminaba llevando su batea repleta de comistrajos, de los cuales

obtendría una buena utilidad. Pensaba en esto, cuando a la vuelta de un recodo, junto a unas matas de boldo, tropezó con el cuerpo de un hombre que, tirado sobre la yerba, daba la sensación de que estuviera dormido. Fué lo primero que pensó el viejo:—Buena la cura que se pescó anoche el pobre cristiano.— Como estaba boca abajo, no lo reconoció en el primer instante, pero fuera quien fuera había que despertarlo. Para realizar este propósito, aseguró con ambas manos la batea sobre su chascuda cabeza, y utilizando su pie derecho trató de remecerlo, pero su sorpresa fué escalofriante, al notar que el hombre estaba frío y tieso. Temblando de inquietud, bajó su artefacto, lo colocó en un sitio apropiado y se dedicó a examinar al hombre. No cabía la menor duda. El hombre estaba muerto, y bien muerto. Al observar el terreno, notó que a la altura de la cabeza habían dos grandes pozas de sangre coagulada y negra. Una onda escalofriante invadió de pies a cabeza al pobre viejo. Sin embargo hizo un esfuerzo y dió vuelta el cadáver con la cara hacia el cielo. El sol matinal iluminó aquel rostro amoratado y sanguinolento, y don Goyo pudo constatar que el muerto era un joven pescador llamado Pedro Loyola, venido desde montaña adentro hacía pocos años, atraído por el embrujo del mar como tantos otros.

Loyola era un muchachón macizo, de buena estampa y muy dado a las aventuras galantes, y como tal engreído y amatonado.

—Pobrecito!!! Lo mataron!!! Asina estaría de Dios!! Que Dios y la Virgen, nuestra santa maire lo haiga perdonao toos sus pecaos.

—¿Quién será el pobre que siá desgraciao? Que tamién Dios lo perdonell

—¡Cómo lo irá a llorar la Rita, la hija de mi co-maire Mercé!—¿Quién sabe si ella es tamién la mo-tivante? Es tan agraciá y fachendosa la cojuela, mire!

Todas estas reflexiones se hacía don Goyo, antes de tomar una determinación más concreta respecto a lo que convenía hacer con el cadáver.

Por último se fijó en su batea y recordó que por sobre la muerte habían también deberes sagrados para con los vivos, como el de alimentarlos y alimentarse a sí mismo. Se echó su mercancía a la cabeza y partió hacia el pueblo. Allí preguntaría lo que más convenía hacer.

Al atravesar el puente que cruza el pequeño estero que divide el pueblo, don Goyo se encontró con el sargento Valdés.

—¡Buenos días don Goyo!

—Muy buenos los tenga mi señor.

—¿Y qué dice el «Pavo Negro»?

—Como siempre mi señor... como siempre... Pero por allí por los boldos, en la bajá del camino, hay una gran avería mi señor...

—¿De qué avería me habla, don Goyo?

—Una avería muy grande mi señor... ¡Un finao muerto, está botao en el mesmo camino!

—¿Un muerto? ¿Y quién es don Goyo?

—Peiro Loyola... aquel joven bizarro qui'ace tiempo vino de por'hay de la Rinconá. ¡Pobrecito! Tal vez vino en busca de su muerte, mire.

—¿Ud. le dió cuenta a alguien?

—No pues, señor. No ve que con el primer cristiano vivo que hay tropezao hoy en la mañana es con Ud., mi señor.

—Bueno, don Goyo, vamos al cuartel para que dé cuenta oficial del hallazgo, y así nosotros poder intervenir en el asunto con orden del juzgado.

—¡Qué dificultad, mi señor!! Estará de Dios que hoy llegue con demora a todas mis cacerías!!

—Un rato más no quiere decir nada, don Goyo.

—En benaiga, mi señor!! Si me demoro en llegar naide me compra el negocio y pierdo el trabajo y la venta, fuera que después las señoritas me palabrean. Y too por culpa del maldito gallo!!!! Yo tanto que le dije a la Beña que más mejor que lo cazueliáramos para librarnos de la desgracia.

—¿Y qué tiene que ver el gallo con este asunto, don Goyo?

—Eso lo sabemos naá'más que yo y la Beña, mi señor.

El policía que conocía toda esa gama de tradiciones supersticiosas a la que permanece encadenada la vida espiritual de los campesinos, y a la cual él también guardaba una secreta reverencia, se hizo el desentendido. El era un funcionario representante de la au-

toridad y sólo aceptaba los preceptos legales, escritos en el Código Penal. Las demás eran paparruchas de las cuales se reía el Juez y su Prefecto.

—Bueno, vamos andando don Goyo. Yo lo voy a despachar rápidamente, a fin de que sus viejas pavonegreras no lo dejen con el negocio. Y si le sobra una cachadita de ultes, pase a dejármelas a mí, que ya nos arreglaremos.

—Vamos, pues, mi señor..., y aunque no me sobren le pasaré a dejar su parte, mi señor... no faltaba más.

En realidad, el sargento, anotó en un libro los datos dados por don Goyo, dejándolo inmediatamente en libertad para que diera cumplimiento a sus compromisos comerciales.

En la vida apacible y monótona del puerto, la noticia del crimen invadió los hogares como niebla otoñal en días de viento noroeste.

El Juez del Crimen, acompañado del Prefecto de Policía y otras autoridades concurrieron al sitio del delito. Constatado el hecho, el magistrado dió instrucciones para que el cadáver fuera trasladado al cuartel de policía donde se practicaría la autopsia legal.

El diagnóstico médico fué que el hombre había sido asesinado a garrotazos.

A la mañana siguiente cuando don Goyo hizo su entrada al pueblo, a pesar de que sus gritos eran lánguidos y lastimeros de acuerdo con el sentimiento de duelo que dominaba el ambiente, nadie se preocupó de

discutir si su mercadería era mejor o inferior a otros días. Todos se dirigían a él para interrogarlo acerca de cómo había encontrado el cadáver. El viejo, sin quererlo se había convertido en el hombre de actualidad, y ya principiaba a darle más importancia a su calidad de actor, que a la venta de sus mercancías. Hasta ocurrió que llegara retrasado a su rancho, a pesar de que el gallo se desgañitara cantando. Además, otro día llegó borracho y sin haber liquidado todo el negocio y, de consiguiente, sin las provisiones del caso.

—¿Te tomaste el vino en el camino? lo interrogó la Beña.

—No compré naa vinito hoy, mujer!!

—¿Y con qué te curastes, viejo sinvergüenza?

—Unos caballeros, bien caballeros me convidaron a tomar unos traguitos, fíjate!! Querían que les contara cómo habían matao al finao Peiro...

—[Y vos que sabís de eso, viejo farullero!!!

—Lo mesmo que sabís vos, puee...

—Vos no sabís más que lo que anunció el gallo!! Y eso nua'bís de andalo propalando a naiden, porque Dios nos puee mandar un castigo por bocones.

—[Si yo no le cuento naa a naiden!!! Paqué me venís con calrrangas a mí!

Así daban por terminados los altercados, que al día siguiente volvían a suscitarse. La Beña le prohibía a don Goyo que hiciera comentarios respecto al anuncio del gallo, porque según ella, esos eran secretos que

Dios les confiaba sólo a los dueños del ave o animal que servía de intermediario.

Pero la verdad es que don Goyo había explotado bastante el secreto del gallo-giro, y en el pueblo quedaban muy pocos habitantes que ignoraran lo que don Goyo y su mujer sabían sobre el asesinato de «Mutrún».

A pesar de que las autoridades locales agotaron todos los medios de investigación, el crimen seguía en el misterio, hasta que alguien informó al Juez de que don Goyo Pavo Negro, contaba a quien deseaba oírlo, que él y su mujer conocían toda la misteriosa trama de la tragedia.

El Juez se indignó de la falta de diligencia de la policía y sin más trámites, dictó una orden de arresto en contra de don Goyo.

Apenas se tuvo noticias de esta medida, el comentario se divulgó con tal rapidez que todos pensaron que el misterio había quedado develado y que don Goyo Pavo Negro era el asesino.

—¡Quién se lo iba a imaginar!— comentaban los más crédulos.

—¡Así son las cosas de la vida, pues señor!— Yo tampoco me lo hubiera figurado.

En presencia del magistrado, don Goyo estaba pálido y tembloroso.

—¿Cómo te llamas tú?

—Grigorio Cáceres, me pusieron mis paires cuando nací, pue su mercé.

—Gregorio Cáceres, ¿y qué más?

—Por la finá de mi maire soy Bravo, su mercé.

—Gregorio Cáceres Bravo, alias el «Pavo Negro».

—Ese apelativo me lo pusieron aquí, su mercé.

—¿Qué apelativo?

—El de Goyo Pavo Negro, su mercé.

—Bueno, ¿y qué sabes tú del crimen cometido cerca de tu casa?

—Ná, pue, su mercé.

—¿Cómo es que le has contado a todo el mundo que tú y tu mujer lo saben todo?

—Esa es otra cosa su mercé.

—¿Cómo es otra cosa? ¡Aquí tienes que confesar todo lo que sepas respecto al asesinato! De lo contrario te voy a meter a la cárcel a ti y a tu mujer hasta que se descubra toda la verdad.

—¡Pero qué culpa tenemos nosotros, su mercé! En ese caso al que habría que encarcelar es el gallo, pue su mercé.

—¿Qué cuento del gallo es ese?

—El gallo paire pue, su mercé.

—¿Y qué tiene que ver el gallo con el crimen?

—Le voy a contar toíta la verdá, aunque Dios me castigue y la Beña se enoje, su mercé.

—A ver cómo es ese asunto!

—Le diré que el martes de la semana pasá, ya entráito el sol, yo y la Beña, estábamos en la cocina tomando mate, cuando el maldito gallo se largó a cantar. A la Beña, que es muy entendía en las cosas de mau-

nífica negra, y de las palabras redoblás, casi se le cayó el mate de las manos, su mercé. Y a mí tamién, aunque soy harto hombre, me entró un recelo regrande, su mercé.

Entonces me dijo la Beña:—Muerte o salteo, Goyo. Porque Ud. su mercé, que es más letrao que nosotros sabe que cuando el gallo canta después de entrao el sol, es desgracia segura. Y hay tiene, su mercé, que nos libramos del salteo, pero fué muerte no más. Y el único que tiene la culpa es el gallo. Porque ¿quién lo mandaba cantar después de haberse entrao el sol?

NOTA DEL AUTOR.—Muchos años después, en un hospital de Valparaíso, un viejo pescador y navegante, nacido en las riberas del Maule, confesó en estado agónico, ser el autor del crimen del cerro «Mutrún».